

## Para padres de 2º y 3º de Div.

Lo primero es convencerles de la necesidad de aprender a amar, contando con quien les quiere y tiene experiencia para ayudar en el largo proceso de aprendizaje.

No se sabe amar simplemente por nacimiento y crecimiento espontáneo, y los padres pueden y deben ayudar, sin sustituir su propio camino de crecimiento. El amor es la vocación fundamental del hombre: «El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente» (Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, nº 10). «El hombre sólo se realiza en la entrega sincera de sí mismo a los demás».

La vocación al amor –en el matrimonio o en el celibato apostólico– es universal. Dios da a todos esa inclinación muy profunda a salir de sí mismo, darse y llegar a formar una verdadera comunión interpersonal amorosa. Pero la capacidad amorosa necesita un cultivo, una educación que empieza ya en la infancia, se acentúa en el final de la adolescencia y en la juventud, y no termina nunca. La causa más frecuente y más profunda de los fracasos amorosos está en la ausencia de una educación positiva y continuada, por falta de referencias y ayudas y, más frecuentemente, por una concepción insuficiente y pasiva del amor: pensar que todo consiste en encontrar la persona adecuada, en sobrevalorar el atractivo o que el amor consiste en algo que nos arrastra y no en un poder activo.

Amar es una actividad, no un estado emocional, e incluye:

- Respeto: admiración, valoración, comprensión, veneración del misterio de la persona, no querer dominar o subordinar, alegrarse de su riqueza personal, dar espacio para su propio desarrollo;
- Cuidado: sentir como propio lo que afecta al otro, ayudar a crecer;
- Dar: no es un intercambio de intereses y equilibrio de donaciones, sino una generosidad con lo que uno posee;
- Darse: más que lo que posee, el amante busca darse a sí mismo para hacer aún más dichosa a la persona amada, para hacerla feliz compartiendo un proyecto de vida en común. El don de sí es don irreversible, compromiso de las libertades en una alianza públicamente celebrada (no se puede amar a prueba, el amor matrimonial no busca la clandestinidad); un don fielmente vivido, expresado corporalmente en el acto conyugal, no manipulado física, química o quirúrgicamente con voluntad anticonceptiva.

## EL NOVIAZGO

La educación para el amor antes del matrimonio requiere la integración de la atracción física, que debe existir entre los futuros esposos, y los estados emocionales en el nivel de la libertad personal, de la capacidad voluntaria de decidir sobre sí mismo y sobre el propio futuro en un compromiso de vida.

El noviazgo es una etapa importantísima para:

- *Conocerse* con profundidad: convicciones fundamentales, ideales, proyectos vitales, relaciones familiares, amigos (no aislarse artificialmente ni dar la espalda al entorno de cada uno), etc.
- *Mejorarse* en el propio hogar y fuera: donde seremos como somos si nos mostramos con espontaneidad.
- *Desarrollar el amor de entrega*, no el de utilización. Para ello: vivir *en la verdad* como novios, sin falsificar el noviazgo anticipando donaciones corporales antes de la donación personal irrevocable, «como si ya fuéramos esposos, porque esperamos llegar a serlo». Las situaciones confusas son un clima ideal para que se pierda clarividencia y libertad y crezca el autoengaño, en una etapa de la vida en la que conviene ser lúcido y generoso. El sacrificio de saber esperar, de recorrer las etapas de preparación y maduración, cultiva el amor pacientemente y no se anticipa en sus expresiones definitivas.

Las anticipaciones son caricaturas de la verdadera unión conyugal y requieren la evitación de sus consecuencias mediante falsificaciones del gesto amoroso con el empleo de anticonceptivos. Para lograr vivir

un verdadero proceso de maduración en el amor, es necesario compartir las convicciones fundamentales de lo que es el matrimonio y el noviazgo, ayudarse a estar cerca de Jesucristo y a evitar situaciones en las que es fácil dejarse arrastrar por la pasión. «Los novios están llamados a *vivir la castidad* en la continencia. En esta prueba han de ver un descubrimiento del mutuo respeto, un aprendizaje de la fidelidad y de la esperanza de recibirse el uno y el otro de Dios. Reservarán para el tiempo del matrimonio las manifestaciones de ternura específicas del amor conyugal. Deben ayudarse mutuamente a crecer en la castidad».

El noviazgo requiere una *edad adecuada*: la de la completa maduración psíquica. Conviene adquirir antes una experiencia amplia en el conocimiento del mundo femenino y en el conocimiento de sí mismo; pero no es deseable que por inmadurez se multipliquen las rupturas y se cree un fondo de desconfianza en el amor. Hace falta dedicarle una *duración suficiente* pero no excesiva: las condiciones de trabajo o el precio de la vivienda imponen, a veces, noviazgos prolongados que no son deseables, aunque una duración mínima es imprescindible. Pero en esto la clave no es la duración cuantitativa sino la lucidez y generosidad cualitativa.

## LA ACTUACIÓN DE LOS PADRES

Es necesario que no falte nunca en la catequesis y en la formación impartida dentro y fuera de la familia, no sólo la enseñanza de la Iglesia sobre el valor eminente de la virginidad y del celibato, sino también sobre el sentido vocacional del matrimonio, que nunca debe ser considerado por un cristiano sólo como una aventura humana.

*Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia*, dice San Pablo (Ef 5, 32). Dar a los jóvenes esta firme convicción, trascendental para el bien de la Iglesia y de la humanidad, «depende en gran parte de los padres y de la vida familiar que construyen en la propia casa» (Juan Pablo II, Homilía en al Eucaristía de Limerick (Irlanda), 1 de octubre de 1979).

Los padres deben alegrarse si ven en alguno de sus hijos los signos de la llamada de Dios a la más alta vocación de la virginidad o del celibato. Deberán entonces adaptar la formación a las necesidades de estos hijos, animándolos en su propio camino.

En el período que lleva al noviazgo y a la elección de aquel afecto preferencial que puede conducir a la formación de una familia, los padres deberán, sobre todo, ayudar a los hijos a *discernir* aquellas condiciones necesarias para que nazca un vínculo serio, honesto y prometedor, y les apoyarán en el camino de un claro testimonio de coherencia cristiana en la relación con la persona del otro sexo.

La conciencia del *significado positivo* de la sexualidad, en orden a la armonía y al desarrollo de la persona, como también en relación con la vocación de la persona en la familia, en la sociedad y en la Iglesia, representa siempre el horizonte educativo que hay que proponer en las etapas del desarrollo de la adolescencia. No se debe olvidar que el desorden en el uso del sexo tiende a destruir progresivamente la capacidad de amar de la persona, haciendo del placer –en vez del don sincero de sí– el fin de la sexualidad, y reduciendo a las otras personas a objetos para la propia satisfacción.

Otros momentos particulares y significativos para los jóvenes son su ingreso en el mundo del trabajo o en la universidad. De modo particular, se deberá tener cuidado de que los hijos no disminuyan, antes intensifiquen, la relación de fe con la Iglesia y con las actividades eclesiales; que sepan escoger maestros del saber y de la vida para su futuro; y que sean capaces de comprometerse en el campo cultural y social como cristianos, sin temor a manifestarse como tales y sin perder el sentido y la búsqueda de la propia vocación.

En la última adolescencia, los jóvenes deben ser introducidos primero en el conocimiento de los indicios de fertilidad y luego en el de la regulación natural de la fertilidad, pero sólo en el contexto de la educación al amor, de la fidelidad matrimonial, del plan de Dios para la procreación y el respeto de la vida humana.